

Hermana Pilar: la humildad de la sabiduría

Por FRANCISCO ALMAGRO

La noticia llegó desde Roma como un abrupto deshoje en otoño: la hermana Pilar estaba muy enferma. Entonces recordé cómo la conocí. Las hermanas de la Compañía de María, Orden de Nuestra Señora a la cual pertenecía desde 1957, vivían al lado de mi casa en La Habana, y aquella mujer madura, canosa, de espejuelos y apariencia de maestra, salía poco después de las seis de la mañana a buscar el pan que les tocaba por la libreta de abastecimiento. Después supe por la hermana Xiomara que, en efecto, se trataba de una eminente profesora e investigadora de Historia, y que, destacada en Cuba, traía la misión de enseñarnos a todos un poco más, sobre todo y no lo sospechábamos, que la sabiduría es humilde.

Aquella imagen de una famosa catedrática cargando la jabita plástica y dentro el pan único, sin complejos y con una sonrisa y un saludo para los vecinos, se me hizo interesante testimonio de vida: no acabamos de entender que, como ella misma gustaba repetir de los benedictinos, la felicidad es orar y trabajar.

Pilar Foz y Foz había nacido 74 años antes en Valjunquera, en la región de Teruel, España, y no conoció otras vocaciones que las de ser maestra y estar al servicio de Dios. Su carrera fue un brillante paso por Zaragoza, la Complutense de Madrid y el Chapman Collage, de California, donde alcanzó el grado de Doctor en Historia. Sus conocimientos y carisma le valieron puestos en el Colegio de la Compañía de María en Santander, en *Regina Mundi* de Roma, la Universidad Sofía en Tokio, y como archivera general de la Orden e investigadora en México, España, Colombia y la Ciudad Eterna, entre otras ciudades.

Contaba con mucho entusiasmo su experiencia en el Japón. Había ido a ese país en 1966 como misionera, quizás por poco tiempo. Aprendió tan bien el japonés, y las costumbres de ese pueblo, que regresaría en 1972 y al optar por una plaza para enseñar Español e Historia fue admitida de inmediato. Decía que la relación con otras culturas, en este caso las occidentales, le había permitido a ella, historiadora de las religiones y de la espiritualidad, una comprensión más abarcadora del ser humano en general, y del fenómeno religioso en particular.

Para el momento en que llegó a Cuba, 1996, la hermana Pilar tenía una extensa obra publicada. Entre sus textos más conocidos están los *Archivos de Historia de la Compañía de María Nuestra Señora 1607-1921, 1921-1936; Revolución Pedagógica en Nueva España 1754-1820; Mujer y Educación en Colombia, siglos XVI-XIX* y *Retos que nos plantea la educación* (1986). En nuestro país había adelantado una interesante investigación sobre la mujer y la pedagogía.

Tal vez al principio, como sucedió a los vecinos que a diario la veían con la jabita del pan, la mayoría de los laicos y algunos ordenados no tenían idea del privilegio que significaba tenerla entre nosotros.

Pero en la medida que fue enseñando en el Instituto María Reina y en el Convento de San Juan de Letrán Historia de la Iglesia, Antigua y Medieval, Espiritualidad, Historia de las Religiones y otros muchos temas, su nombre se empezó a colocar incluso fuera de los predios cristianos.

Mucho trabajó la hermana Pilar en la preparación de la visita del papa Juan Pablo II a Cuba. De aquellos días aún hay gratos recuerdos



La hermana Pilar junto a monseñor José Félix Pérez.

suyos en las comunidades de Santa Rita y San Agustín.

Pero fiel a su voto de obediencia, la Orden la necesitó en Roma y hacia allí la trasladó en el 2001. Cuentan obispos, sacerdotes, laicos y seminaristas cubanos de paso por esa ciudad, y por el Vaticano, que la hermana Pilar, atareada en la compilación de documentos y ensayos sobre la Orden de Nuestra Señora, siempre hacía un esfuerzo para compartir y acompañar a quienes venían de la Isla. Cuba le había tocado el corazón, confesaba, y tal vez intuía con su sabia humildad, que para nosotros ella también era parte de nuestros patrimonios espirituales y familiares.

Por eso, cuando se supo en Cuba, y en otros lugares del mundo, la noticia de su muerte, los que la conocimos sentimos este otoño un vacío como el de los árboles desnudos próximos al invierno. La hermana Pilar, desde la Eternidad, con esa sonrisa sagaz y perenne nos podría contestar, como solía hacer con frases tiernas y esperanzadoras: no hay nada que lamentar ni temer: Dios nos ama. Después del Invierno, y siempre ha sido así, vendrá la Primavera.